

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA MODERNA



No

595

EDDIE QUILLAN

25
cts

MARGARET LIVINGSTON
ROBERT ARMSTRONG

TAPETE VERDE



LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
MODERNA
EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: Francisco - Mario Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

Año XI BARCELONA N.º 595

Big Money, 1930

EL TAPETE VERDE

Intrigante asunto, dirigido por Russell Mack
e interpretado por

Eddie Quillan, Miriam Seegar, Margaret Livingston,
Robert Armstrong, etc.

J James Gleason



Producción sonora P. D. C.

Distribuida por

Cinnamon Film

Balmes, 51

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
FERNANDO SOLER



Prohibida la
reproducción

EL TAPETE VERDE

Argumento de la película

El señor Call, importante agente de Bolsa de Nueva York, llamó aquella tarde, a última hora, a su dependiente Eddie Martín, para que fuese al Banco a fin de ingresar veinticinco mil dólares.

Eddie era un empleado de última categoría, un buen muchacho, que tenía, sin embargo, la debilidad de ser jugador. Sólo jugaba pequeñas cantidades, una peseta, unos céntimos, pero ello le distraía de lo más fundamental de su ocupación.

—Deposita estos veinticinco mil dólares en el Banco... y no te pongas a jugar, que cierran a las siete—le dijo el principal.

—Hágase cuenta que ya he vuelto.

Salió a toda velocidad, pero encontrando en

el pasillo a una de las mecanógrafas de la casa, le dijo:

—¿Tienes compromiso esta noche, preciosidad?

—Sí.

—Pues tú te lo pierdes... Otras están deseando salir conmigo.

Y marchó con su sonrisa tranquila y feliz de muchacho bueno. Pero su ansia de pequeño jugador era irresistible, y se entretuvo en la calle a ver cómo unos muchachos jugaban a los dados.

Pronto volvió a la realidad; se acordó que llevaba una cartera con mucho dinero y reanudó su marcha hacia el Banco, pero se encontró con que lo acababan de cerrar.

Desgustado, pues hasta el día siguiente no podría efectuar el ingreso, regresó a su oficina donde sólo se encontraba un viejo empleado, quien le dijo burlonamente:

—¡Ya sabía yo qué no llegarías a tiempo!... Puedes despedirte del empleo.

—Llevaré el dinero a casa y lo depositaré mañana por la mañana.

Entró en el despacho, la bella Joan, preciosa muchacha, hija del agente de Bolsa. Saludó con amabilidad a los dos empleados y pidió comunicación con su casa. Pero aquella línea estaba interrumpida y no hubo manera de poder hablar.

Nerviosa, Joan pidió entonces otro número, el de Reggie, uno de los pretendientes a su blanca y olorosa mano.

—Oye, Reggie. Siento no poder aceptar la invitación para esta noche, pero tengo compromiso—le comunicó.

—¿Con quién?

—Pues... con el señor... Eddie Martín, el hombre de confianza de papá.

Eddie miró aterrada a la hija de su principal. Pero, ¿qué se proponía esa muchacha?

—Sí... sí... perdona... pero me es imposible.

Y dejando el teléfono sonrió alegremente a los dos hombres.

—Dispense que haya usado su nombre, Eddie, pero no he hallado otro medio para librarme del compromiso... No quiero saber nada con ese Reggie... Primero acepté su invitación, pero luego me he enterado de que lleva una vida muy irregular... y no me interesa.

—Y hace usted bien, señorita—dijo el viejo empleado—. Una muchacha como usted encontrará los novios a montones...

—¡Por Dios, qué exagerado es usted!... Bueno, adiós a todos y... hasta otro rato.

—Pero, señorita, ¿no vamos a cenar?—protestó Eddie.

—Lo de la cena fué una broma solamente.

—Ah, no! Yo no admito esas bromas... Además, esta noche no tengo nada que hacer... Sea usted amable conmigo.

Joan sentía por el dependiente de su padre una gran simpatía y acabó accediendo a sus deseos.

—Pues bien, ya que se lo dije, mantengo mi palabra.

—¡Qué alegría, Joan! ¡Será la noche más feliz de mi vida!

El joven se puso la cartera debajo del brazo y salieron los dos ante la estupefacción del viejo empleado, que envidiaba la buena suerte de su compañero... Aquel Eddie Martín con su

cara de infeliz era muy capaz de casarse con la hija del principal. ¡Vaya suerte!

Fueron a un elegante restorán. Eddie estaba enamorado de Joan, pero con un amor que consideraba irrealizable, dada la distancia social que les separaba... Aun ahora mismo, él se maravillaba de la audacia que había tenido al invitar a Joan a cenar, y se maravillaba un poquito más de que ella hubiese accedido a la invitación. Pero no se hacía demasiadas ilusiones. No serían nunca nada más que buenos amigos; era ella demasiado rica para que fijase sus ojos en un pobreton.

En lo más íntimo de su alma, Joan estaba enamorada de Eddie, pero hubiera deseado, naturalmente, que el joven ocupase una mejor posición social. Con aquel empleo insignificante que él tenía en casa del agente, no sería nunca nada. Y es que el señor Call nunca le consideró gran cosa y le mantenía siempre al nivel de los empleados inferiores....

Mientras cenaban, varias veces Eddie abrió su cartera para comprobar si tenía allí los veinticinco mil dólares... Desde una mesa cercana, unos individuos atisbaban todos los movimientos de Eddie. Uno de ellos le contemplaba con tanta curiosidad y acritud, que Eddie se sintió nervioso.

—¡Cómo nos mira aquel hombre! —comentó—. No nos ha quitado la vista desde que llegamos.

—¡Bah! Con no hacerle caso...

—Es cierto. Ya estará usted acostumbrada a que se la miren así.

—Sí, pero no con esa cara de bandido.

No volvieron a hablar de él, y al cabo de

un rato, cuando ya habían terminado de cenar, Joan le dijo:

—Se está haciendo tarde, Eddie... y mañana tiene que madrugar.

—Me parece que será igual... Me despedirán de cualquier manera.

—¿Por qué?

—Tenía que depositar esta cantidad en el Banco... y llegué tarde.

—Tal vez si se marchara de casa, saldría ganando. Papá le tiene manía. Dice que se pasa usted el día jugando a los dados y que es imposible hacer carrera de usted.

—Su papá me critica sin razón... Pero la ha cogido conmigo... y comprendo que con él no ascenderé nunca.

—Y yo le he pedido varias veces que le proteja.

—Pero ya ve usted los resultados!

Eddie pagó. Los individuos de la mesa contigua no le quitaban los ojos de encima.

Los dos jóvenes se levantaron, y distraído, a punto estuvo Eddie de descuidarse la cartera.

Acompañó Eddie hasta su casa a la bella Joan, y ella al despedirse, le tendió cariñosamente la mano y le dijo:

—Si su novia se pone celosa, écheme la culpa a mí.

—No tengo novia... todavía.

Y su mirada ardiente pareció devorarla, mientras sus manos volvían a acariciarla en lúgido abandono.

Joan entró en su casa, y Eddie, un poco deslumbrado por una emoción de amor, prosiguió su camino...

* * *

Hasta poco después no se dió cuenta de que le seguían aquellos sujetos, que ya le habían estado espiando en el restorán.

Eddie, que se hallaba pensando en cómo lo haría para pagar de su bolsillo particular los treinta dólares que le había costado la cena y que había retirado de los pertenecientes al señor Call, sintió cierto espanto ante aquellos individuos. Pero los dos hombres pronto le alcanzaron, cerrándole el paso junto a una casa, y pretendiendo arrebatarle la cartera... Sacando fuerzas de flaqueza, Eddie derribó de un puñetazo a uno de ellos y consiguió apartar al otro. Pero como avanzasen de nuevo hacia él revolverse en mano, Eddie, con un pánico espantoso, entró en la casa y, viendo un ascensor, penetró en él y subió hasta el último piso.

Se fijó entonces en que dentro del ascensor había una bandeja con sandwichs y una botella de vino. ¿Qué significaría aquello?

De pronto vió que se abría la puerta del ascensor y un individuo le decía:

—¡Cuánto ha tardado usted, demonio! ¡Entre esa bandeja en seguida!

—¿Dónde?

—En el número seis.

Atemorizado, sin saber bien lo que ocurría, el joven cogió la bandeja y llamó a la puerta número seis.

—¡Adelante! —dijo una voz.

Avanzó quieto y depositó la bandeja en una mesita, fijándose entonces en que en la sala,

alrededor de otra mesa con tapete verde, estaban jugando a los dados hasta media docena de individuos.

Eran éstos varios amigos que tenían alquilada una habitación de aquella gran casa dedicada a oficina...

Eran en su mayor parte hombres de dudosa conciencia y de vida al margen de la ley, jugadores profesionales, que vivían de la rapiña.

Poco antes había salido uno de ellos para encargar sandwichs y una botella de vino en un establecimiento cercano. El encargado del piso había tomado a Eddie por el chico del bar y por eso no había puesto traba alguna para que entrase allí.

Los jugadores estaban realizando buenas apuestas y no se fijaron siquiera en quién había llegado.

Eddie, tratándose del juego, olvidaba todos los peligros del mundo. Rápidamente olvidó los incidentes de aquella noche y la agresión de que había sido objeto poco antes, para pensar sólo en la emoción del azar.

Avanzó hacia la mesa y exclamó:

—¡Van dos pesetas a esa jugada!

Se volvieron al oír aquella voz, y le contemplaron con extrañeza:

—¿Quién eres? —¿Qué haces aquí? —le dijo un individuo de torvo aspecto.

—Yo... yo soy el que trajo los sandwichs...

—¿El camarero?

En aquel instante entró el verdadero camarero del bar, que se había entretenido abajo hablando con una muchacha, y que al ir a subir al ascensor descubrió que ya no estaba la bandeja.

Eddie, aturdido, viendo descubierta su mentira, confesó todo.

—Sí... yo no soy camarero...

—Pues entonces, ¿qué buscas aquí?

—Yo... yo... llevo connigo el dinero del Banco... Dos bandidos quisieron asaltarme... y me refugié aquí...

—¡Ah! ¡Bien! ¡Bien!

Pagaron al auténtico camarero, quien marchó sin más explicaciones. Los jugadores cambiaron miradas de inteligencia... Aquel muchacho era una mina para explotar.

—Llevas mucho dinero?

—Veinticinco mil dólares... pero no son míos.

—Podrías jugar con ellos... Ganarías de seguro.

—¡No! ¡no! —dijo apretando la cartera contra sí—. Este dinero es sagrado.

Aparecieron los dos sujetos que habían estado espiando a Eddie desde el restorán. Uno de ellos llevaba un ojo amoratado, a causa de un puñetazo que Eddie le diera en la lucha.

Al ver a Eddie, los recién venidos quisieron arrojarse contra él, pero otro de los jugadores, llamado Ace, un hombre que en el fondo era buena persona y que odiaba profundamente al ojo amoratado por rivalidades del juego, impidió que hicieran a Eddie daño alguno.

—Cuidado con meterse con el chico!

—Pues que se vaya inmediatamente.

—Después que haya jugado un poco, ¿verdad?

Para Eddie, la atracción del tapete verde era superior a todo, y acallando sus temores, se decidió a arriesgar unos cuantos dólares.

Ace no tenía un céntimo y solicitó de Eddie

le dejara cien dólares. Atemorizado, el dependiente se los prestó... y aquello pareció ser el principio de la buena suerte para los dos. Empezaron a ganar. Ace dejó que Eddie jugase en su nombre, y al cabo de dos horas de estar con la máxima tensión ante el tapete verde, los dos hombres eran poseedores de varios miles de dólares.

Otro de los jugadores, llamado Drapper, indignado por la suerte que favorecía a los dos hombres, jugó a una sola partida de dados todo lo que le quedaba, que era bastante aún, y la suerte de nuevo favoreció a Eddie y a Ace.

Eddie estaba deslumbrado ante aquella suerte magnífica, y Ace se sentía loco de alegría, y trataba cariñosamente a Eddie, que creía le había traído la fortuna.

La partida duró hasta muy tarde. Ace y Eddie, convertidos milagrosamente en gente rica, se alejaron, no sin que Ace mostrara a sus antiguos compañeros sus dos revólveres en son de amenaza y para que nadie les disputara sus legítimas ganancias.

—Ven conmigo, Eddie!... Con tu dinero me has dado la buena suerte... Debemos ser grandes amigos.

Eddie no acertaba a contestar; se veía poseedor del doble de dinero que tenía a la entrada...

Ninguno de los otros jugadores osó atacarles, pues Ace era hombre que imponía respeto y sabía contestar en forma adecuada a cualquier intento de agresión.

¡Maldita suerte la de ellos! Drapper y los suyos se habían quedado sin el dinero que habían ganado otros días en los Casinos, desplumando incautos. Y lo mismo hubieran hecho

con Eddie de no haberse erigido Ace en su inesperado protector.

Y entretanto, Joan, bien ajena a todas aquellas peripecias que iban a torcer el destino de la vida de Eddie, hablaba con su padre acerca del joven:



—Con tu dinero me has dado la buena suerte.

—Ya que te empeñas en saber con quién he ido... te lo diré... ¡He cenado con Eddie Martín!

—No te alabo el gusto.

—Es un buen chico, papá. Hará carrera.

—¡Ya lo creo! Mañana lo despido para que empiece a correr.

—Creo que es el mayor favor que puedes hacerle. Yo le creo capaz de grandes negocios.

—¡Bah!

Y Joan se fué a la cama pensando en él, y sus sueños se lo presentaban como hombre rico y triunfador... Y los sueños no siempre son mentira...

* * *

Ace acababa de sentir por Eddie una profunda amistad. Gracias a él, a los cien dólares arrancados casi a la fuerza, había logrado ganar veinte mil... y Eddie no se había levantado tampoco con menos de veinticinco mil.

Con el espíritu supersticioso de muchos jugadores, Ace creía que Eddie era la mascota que le traía la buena suerte... Y estaba dispuesto a ser en todo su leal amigo y camarada.

Aturdido ante aquel dinero que de manera tan inesperada había caído en sus manos, Eddie se dejó conducir al hotel donde vivía su nuevo amigo Ace.

—Ya ves lo fácil que es hacerse rico —le decía Ace.

Llevado de su afán de sinceridad, Eddie le contó toda su vida y como siempre había sido aficionado al juego, aunque en pequeñas cantidades.

—Estoy seguro de que te acompaña la fortuna —le decía Ace—. Con tu habilidad y mi experiencia podemos ganar un millón en poco tiempo.

—¿Un millón? — dijo, maravillado —. ¡Es fantástico!

—Pues claro... ¿Crees que hay alguna diferencia entre tirar los dados por una peseta como

hacías antes, a tirarlos por mil dólares?... Lo único que existe es el temple del jugador.

—¡Ser millonarios! Eso significaría autos... diversiones... juergas... mujeres...

—¡Mujeres no, Eddie! ¡En ese juego se pierde siempre!

—Bueno, ya veremos... Lo primero que tengo que hacer por la mañana es devolverle el dinero al jefe.

—¡Es mejor!... Y de hoy en adelante tú serás el socio de Ace Carter.

Fueron a descansar, y a la mañana siguiente, Eddie Martín telefoneó al agente de cambio y bolsa.

—¡Hola, señor Call!... Soy Eddie... Le enviaré el dinero por un mensajero. Ayer se me hizo tarde y no pude depositarlo en el Banco.

—Eres una calamidad...

—No me riña, porque dimito el cargo.

—De todos modos, quisiera que vinieses tú personalmente... para despedirte.

—Yo estoy ocupado... Soy hombre de grandes negocios... No sé si podré.

Sólo por el deseo de volver a ver a Joan, de la que continuaba profundamente enamorado, fué por lo que Eddie se presentó a mediodía en la oficina, entregando al señor Call intactos los veinticinco mil dólares.

—Pero, ¿cómo es que te marchas? ¿Tienes otro empleo?

—Ya se ha acabado la esclavitud, señor Call... Tengo grandes negocios industriales... Estoy asociado con el señor Carter...

—¡Todo esto es maravilloso!

Apareció la hermosa Joan, a quien Eddie repitió que era hombre de grandes negocios, pero

ocultando naturalmente que éstos no se basaban en otra cosa que en los juegos de azar.

—¡Oh, Eddie, estoy orgullosa de sus éxitos! —dijo ella con entusiasmo.

—Suerte nada más... Sus buenos deseos me protegen...

—Queda usted invitado al te que damos mañana por la tarde... Y no se olvide de invitar a su socio.

—Creo que no quiere saber nada con mujeres.

—Quiero presentarle a Leila... una viudita encantadora...

Eddie, contento de todos aquellos homenajes que le proporcionaban su rápido encumbramiento, se despidió de Joan y de su padre, y salió a la calle.

Volvió al hotel, donde intentó convencer a su socio para que al día siguiente fuese a tomar el te. Ace se negó rotundamente.

—Tengo entendido que es una viudita que derrumba—le dijo Eddie.

—¿Viuda? Esas son las más peligrosas...

—¿Es que no has tenido un amor verdadero?

—¡No!

—Algún día he de verte haciendo el ridículo como todos.

Poco después recibieron en el hotel la visita de Drapper, el jugador que había perdido tanto dinero la última noche.

Saludó a Ace y dijo sonriente a Eddie:

—Supongo que ya se te habrá pasado el enfado conmigo, ¿verdad?

—No soy rencoroso.

—Un día ganarás tú, otro no. Lo interesante

es ayudarnos como buenos camaradas cuando se trate de ganar a otras personas.

Eddie protestó enérgicamente:

—Cosas ilegales no las quiero, ¿eh?

—Nadie ha hablado aquí de cosas ilegales. Simplemente se trata de una partida de juego, y claro está que he de encontrar jugadores... Eddie, ¿has oído hablar nunca de Jim Durkin, de Detroit?

—¡No!...

—Yo sí. ¿Y qué es lo que pretendes hacer, Drapper? —advirtió Ace.

—La semana pasada le gané a Durkin mucho dinero, y ahora se empeña en hacer otra partida, y yo he aceptado porque tengo cierta deuda con él.

—¿Pretendes ir por la violencia? —advirtió Ace—. Ya sabes que yo no te sigo por ese camino... Ni mi amigo tampoco.

—Nada de eso... Quiero simplemente jugar... Pero Durkin es hombre de cuidado... y no quisiéra estar a solas con él.

—¡Bien! Entonces iremos.

No le hizo a Eddie demasiada gracia aquella invitación, pero como tenía puesta toda su confianza en Ace, accedió a aquella sesión de juego.

—Bueno, pues el sábado, a las ocho, en el Hotel Palisade.

—Descuida.

A la otra tarde, Ace y Eddie, elegantemente vestidos de etiqueta y con sombrero de copa, se dirigieron en automóvil a la suntuosa mansión del señor Call.

Saludaron a Joan que desde una ventana les daba cariñosamente la bienvenida.

Entraron en la casa, llena ya de invitados.

Joan estaba loca de alegría al ver convertido a su amigo en un gran señor. Ace le pareció también simpátíquísimo. Lo presentó a Leila, una viuda muy guapa que quería matrimoniar otra vez.



... elegantemente vestidos de etiqueta...

Ace miró maravillado a Leila y casi desapareció por ensalmo su antipatía a las mujeres, y murmuró al oído de su amigo Eddie:

—No me extraña que haya enviudad. Con una mujer así no se puede vivir mucho tiempo.

Leila y Ace fueron a un rincón de la sala, donde tomaron el té... y Leila intentó darle, además, el opio...

Joan y Eddie bailaron, y luego se dirigieron a la biblioteca, donde estaba el señor Call, que

no salía de su asombro al ver a su antiguo e insignificante dependiente, convertido de súbito en un gran hombre de negocios.

—Te felicito, muchacho... Yo sabía que tenías que triunfar.

Y creyéndole realmente un ser privilegiado, de gran capacidad para las cuestiones de comercio, empezó a hablarle de diferentes asuntos relacionados con el mundo de las finanzas.

—Yo no entiendo nada de sus negocios, señor Call—se excusó, sonriente—. ¡Los míos son tan diferentes!

—Necesito un hombre joven y activo para mis asuntos. Puedes venir a verme mañana para tratar de ello.

—No quiero depender de nadie.

Fué imposible que se dejara convencer. Ni siquiera pidiéndoselo Joan. El quería conservar su independencia y por nada del mundo la perdería.

Y volvieron a los salones donde Ace proseguía su idilio.

Después de haber bailado unos cuantos bailes, los dos amigos abandonaron la casa, con el deseo de volver otra vez, porque a cada uno de ellos interesaba una mujer... Y Ace, que hasta entonces no había querido saber nada de ellas, comenzaba a sentir la divina inquietud del amor que hace esclavos de los seres libres...

* * *

Durante varios días, Ace y Eddie fueron a jugar a diferentes Círculos de más o menos distinción. Jugaban a los dados, y como en

ellos Eddie tenía una rara especialidad para ganar siempre, los beneficios aumentaban de modo prodigioso. Pero luego jugaron también a la ruleta, al poker, al bacarrá, y la suerte no parecía dejar de favorecerles.

Había encontrado Eddie el mejor negocio del mundo: el del tapete verde. ¿Para qué preocuparse de nada más, si ello le bastaba para ser rico?

Muchas tardes iban a tomar el te en casa del señor Call, y éste insistió en vano para que se interesase Eddie en sus asuntos. Ace parecía cada vez más encaprichado con la viuda, mujer guapa y dominadora.

Un día, Joan y su amigo salieron al jardín, y el joven no pudo ya ocultar por más tiempo su pasión de amor:

—Joan... Yo te amo... ¿Quieres ser mi esposa?

Ella bajó los ojos y sus mejillas se tiñeron de rubor.

Al cabo confesó con una voz temblorosa:

—Sí, te quiero... Si tú quisieras podrías interesarte en los negocios de papá.

—¡No, querida mía! —dijo el joven, sencillamente—. Yo no entiendo de esos negocios. Yo sólo sé de dados, cartas, caballos, etc. Mi negocio es el juego de azar.

Ella le contempló con espanto.

—¡Oh, Eddie!... ¿Tú?... ¿Es posible?

—¿Qué?... ¿Ya no me quieres?

—Sí, Eddie, pero comprenderás que sobre esa base la felicidad no es posible.

—¿Por qué?

—No es una vida moral la que llevas. Y no me casaré contigo hasta que la abandones. Ig-

noraba yo que ganaras riquezas a costa del dolor de los demás... Es indigno... Te prefería pobre... un dependiente insignificante a ser rico por tal procedencia... No... no.

Eddie callaba, avergonzado de las palabras y censuras de ella, que limpiándose rápidamente una lágrima había vuelto al salón.

Todo el resto de la velada lo pasó Eddie de profundo mal humor, y al fin, se despidió, acompañado de Ace... Sus manos temblaban al estrechar las de Joan.

Ya en el coche, Eddie volvió a quedar en un gran mutismo y su amigo interrogó:

—¿Qué te pasa?...

—No quiero jugar más, ésto es todo.

—Pero, ¿por qué?

—A Joan no le gusta que juegue.

—¡Lo que yo temía! ¡Ya te había prevenido contra las mujeres!

—No digas nada, que tú eres esclavo de una de ellas.

—Pero no hasta el extremo de comprometer mi porvenir.

Llegaron al hotel sin que Ace consiguiese hacer cambiar de opinión a su amigo Eddie.

Más tarde les telefoneó Drapper, recordándoles que les esperaba aquella noche para jugar la partida con Jim Durkin.

Drapper se hallaba acompañado de Mary, su amante, preciosa criatura que absorbía de una manera escandalosa todo el dinero que él ganaba.

Ace le prometió no faltar, y aquella noche se dirigió allí, en compañía de su amigo Eddie, que accedió a ir con él, aunque estaba dispuesto "a no tocar ni una carta ni un dado".

* * *

Se hallaban todos en la habitación que un amigote de Drapper tenía alquilada en un hotel.

Mary, la amante de Drapper, estuvo un rato con ellos, pero luego se retiró, un poco inquieta,



Drapper se hallaba acompañado de Mary

como si temiese que hubieran de desarrollarse penosos acontecimientos.

Drapper se hallaba con varios amigos cuando llegaron Ace y Eddie. Este se hallaba dispuesto a no jugar más, tal como lo había prometido a Joan. Entre el amor y la fortuna se inclinaba románticamente por el primero.

No tardó en llegar Jim Durkin, el hombre en cuyo honor se celebraba la partida.

Drapper le envolvió en una severa mirada y presentó a Eddie como un nuevo compañero.

—Cuando ustedes quieran, vamos a comenzar la partida—dijo Drapper—. Pero las primeras jugadas quiero hacerlas a solas con Durkin.

—En seguida. Hoy volveré a ganar—dijo Durkin—. Estoy seguro. La suerte me acompaña. Ayer jugué a las carreras de caballos y gané una buena cantidad. Hoy he apostado también por el “Relámpago”, el caballo favorito... y triunfaré también.

Y continuó relatando sus triunfos en el juego de una manera tan elocuente, que Eddie volvió a sentir la irresistible atracción de jugar y no sólo se dispuso a apostar nuevas cantidades ante el tapete verde, sino que quiso también jugar a las carreras de caballos.

Drapper no quería ser menos, y llamando a la telefonista del hotel le ordenó le pusiera con el número 5454, domicilio de uno de sus amigos.

—Oye, soy Drapper... Ponme diez mil dólares en el caballo “Aloz”.

—Muy bien.

Cortó la comunicación. Eddie preguntó a su amigo Ace si quería jugar en las carreras de caballos, pero éste se negó, pues nunca había sido aficionado a las mismas.

—Pues yo voy a apostar.

—¿Y eras tú el que no quería jugar más?

—Sólo por una vez.

Llamó al teléfono, y rogó a la telefonista:

—Oiga, jovencita.

—¿Quién es?

—¡Pues... está hablando... San Pancracio, preciosidad! — exclamó riendo—. Póngame con el 5454.

Puesto ya en comunicación rogó a aquel amigote apostara en su nombre cinco mil dólares al caballo “Relámpago”.

—¡Bueno, señores!—dijo de pronto Drapper con expresión siniestra—. Vamos a comenzar la partida de poker.

—¡Cuando quiera!—le contestó Durkin con desdén.

La primera partida la ganó Jim Durkin. Drapper para pagarla le entregó un cheque, a tiempo que le miraba de modo extraño.

—¡No me interesa ese papel!—dijo Durkin, desdeñosamente.

—¿No es válido?... Pues es el cheque que me diste tú la semana pasada para pagar tus deudas.

—¿Y qué?

—Que en el Banco me dicen que no tienes fondos... Me quisiste estafar... y este papel no sirve.

—¡Mientes!

—¡Dame el importe de ese cheque!

—¡No!

—¡Sabes lo que les pasa a los fuleros?

—¡Eres un miserable!

Quiso levantarse para agredirle, pero Drapper le amenazó con un revólver.

—¡Tú mismo te has sentenciado!

Y sin que nadie pudiera evitarlo, le disparó un tiro matándole instantáneamente. Durkin cayó de bruces sobre la mesa.

El horror estremeció a Eddie y a Ace. Los

demás cómplices contemplaron con indiferencia al muerto.

Drapper paseó por ellos su mirada.

—Vosotros sois los únicos testigos... y ya sabéis lo que les pasa a los traidores.



... matándole instantáneamente.

—De aquí nadie dirá nada—exclamó Ace—, pero ya veremos lo que piensa Skip Durkin, el matón de Detroit, que da la casualidad de que es hermano de Jim Durkin.

—¡No le temo a ese hombre! Y ahora vámonos todos de aquí.

Marcharon inmediatamente, y ya en la calle, Ace y Eddie se apartaron del grupo.

Eddie estaba muy inquieto; sentía un profundo temor de que la justicia interviniése en aquel asunto. Comenzaba a comprender los riesgos de

aquella clase de negocios en que se había metido.

Regresó a su hotel en compañía de Ace que pretendía calmarle, asegurándole que no se descubriría la verdad. Pero él no las tenía todas consigo.

Horas después se descubrió el asesinato de Jim Durkin y la policía interrogó a la telefonista y a los demás empleados de la casa sobre quiénes habían estado en aquella habitación.

No les pudieron dar referencias exactas. La habitación estaba alquilada a nombre de John Ford, otro de los amigos de Drapper, pero que había dado un nombre falso...

La telefonista agregó que habían estado allí gran parte de la noche varios hombres y que la habían llamado dos veces por teléfono.

—La primera fué un tal Drapper. La segunda dijo llamarse San Pancracio e hizo un apuesta de cinco mil dólares sobre el caballo "Relámpago".

Tomaron nota de todos aquellos interesantes datos para comenzar la persecución de cuantos habían estado con Jim Durkin y averiguar al verdadero culpable.

* * *

Drapper había cambiado de domicilio y se había refugiado provisionalmente con su amiga Mary en una casita de los suburbios. Estaba realizando los preparativos para marchar a Europa, pues temía, además de la policía, la intervención de Skip Durkin, un matón que no entendía de bromas.

Eddie y Ace fueron aquella noche a comer a

un restorán. Quiso la casualidad que un sargento de policía estuviese cenando en una mesa cercana.

Apareció de pronto el jugador al que Eddie había encargado apostase en su nombre en las carreras de caballos y le dijo:

—¡Qué suerte tiene usted, Eddie! Ha ganado treinta mil dólares en el caballo "Relámpago".

Eddie, que se hallaba muy melancólico, hizo un gesto de desagrado.

—¡El dinero me persigue! ¡No lo quiero!

—Tómelo usted!... San Pancracio, a cuyo nombre lo jugué, le ha dado suerte.

Al oír aquellas palabras, el sargento de policía sospechó si Eddie sería el autor de la muerte de Jim Durkin, pues recordó lo que había dicho la telefonista. E inmediatamente, a pesar de las protestas del joven, procedió a su detención, acusándole de tan gravísimo delito.

Fué trasladado a la cárcel, donde en vano proclamó una y otra vez su inocencia, ayudado por su amigo Ace. Pero cuantas veces les preguntaron a ambos quién había sido el asesino, se encerraron en un mutismo absoluto. No querían descubrir a Drapper, pues sabían cómo éste las astaba.

Ace corrió a advertir a Joan lo que había ocurrido a Eddie, y la pobrecita mujer, que amaba tan hondamente al joven, prorrumpió en amargo llanto, y deseosa de salvar a su amigo, al que creía incapaz de haber realizado aquel crimen, estuvo a verle en la prisión, en compañía de un amigo de su padre, abogado de fama que podría encargarse de su defensa.

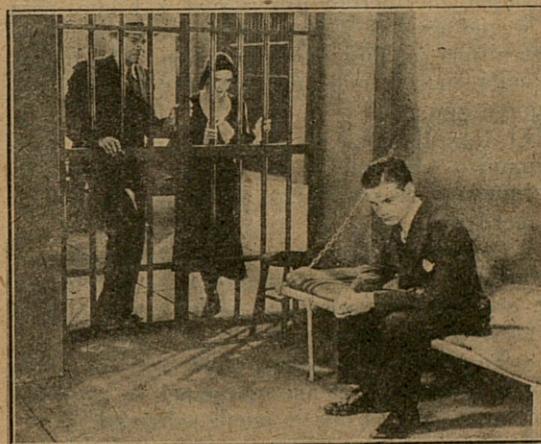
Eddie recibió enternecido a la mujer que era toda su vida, y le preguntó:

—Tú no me crees culpable, ¿verdad?

—Desde luego que no, pero yo estoy segura de que tú conoces al asesino. Dime quién es.

—No puedo, Joan. ¡Me pides un imposible!

—¡Ah, comprendo! Para ti significan más tus amigotes que mi estimación.



... estuvo a verle en la prisión...

—¡Oh, no es eso! ¡No es eso!

—Entonces, ¿por qué no lo dices?

A punto estuvo él de confesárselo, pero tuvo miedo de que la venganza de Drapper pudiera caer sobre aquella mujercita, y de nuevo guardó silencio.

—¡Ah, ya suponía yo que el maldito juego te haría venir a parar aquí!

Y disgustada por el mutismo en que él se en-

cerraba, salió de la celda, dirigiéndose con el abogado a ver al juez que, vistos los buenos antecedentes del joven y sus protestas de inocencia, estaba convencido de que no había sido él quién había disparado contra Jim Durkin.

Ella depositó una importante fianza para que pusiesen en libertad provisional a Eddie, cosa a la que accedió el juez. Rogó Joan que no dijese ni una palabra acerca de quién había puesto aquella fianza, pues no quería que Eddie lo supiese aún...

El juez llamó a su despacho a Eddie y le comunicó que estaba en libertad provisional, porque uno de sus amigos había puesto la fianza necesaria.

—Pero recuerde que usted no está en libertad definitiva, y que será responsable si no encuentra al verdadero asesino... Ande, usted sabe su nombre. Hable de una vez.

—No puedo.

—Está usted haciendo un papel de estúpido encubridor y crea que le puede salir mal.

Pero negóse, por temor, a confesar la verdad y salió a la calle, preguntándose qué iba a ser en lo futuro de su vida. ¡Siempre bajo la amenaza de la ley! ¡Ah! Sus sueños de amor estaban bien rotos... Nunca más Joan le haría caso. Había deshonrado su nombre.

Desgustado, estuvo en el hotel de Ace. Este se hallaba ausente. Volvió a salir; anduvo varias veces en dirección a casa de Joan, pero no se atrevió a presentarse ante ella. Luego, entró nerviosamente en una casa de juego y volvió a jugar... y esta vez la suerte le fué tan esquiva que al cabo de media hora de haberse

sentado ante el tapete verde, perdió todas sus ganancias anteriores.

Levantóse desesperado y anduvo largo rato por la ciudad, sin dirección fija, viéndose tan pobre como cuando era empleado. Y en una situación mil veces peor. Una amenaza se cernía sobre él. Joan se había marchado indignada y el señor Call no admitiría nunca aquella boda.

Lentamente volvió al hotel donde vivía su amigo Ace, el buen muchacho que seguramente habría puesto para él la fianza.

Ace se encontraba ya en su habitación y pareció hondamente sorprendido al verle.

—Pero, ¿tú, aquí?

—No fuiste tú quien puso la fianza?

—¡No! Hasta mañana no podía yo ponerla.

—¿Quién habrá sido entonces?

—¡Joan! ¡Sólo Joan Call!

—¿Quieres decir? ¡No lo creo posible!

—¡Cálmate, Eddie! Piensa en que estamos a punto de proclamar definitivamente tu inocencia.

—Por qué?

—No sé si he hecho bien o mal, pero ya está hecho.

—De qué se trata?

—Hace pocas horas se ha presentado aquí Skip Dukins y me ha dicho que está casi convencido de que el asesino de su hermano es Drapper, pero que quiere tener la seguridad de ello. Para saberlo, va a venir aquí esta noche a jugar una partida con Drapper. Tú debes ser de los nuestros.

—¡No... no!... Acabo de perder cuanto tenía. No quiero jugar más.

—Es preciso que estés aquí... Oyeme bien...

Yo llamé a Drapper, invitándole a que viniese a jugar conmigo una partida de despedida, hoy a las diez. Primero ponía reparos. "Me voy mañana a Europa y temo que puedan verme"....—me dijo—. "En mi hotel nada debes temer. Es más seguro que en tu casa"....—le contesté—. Accedió al fin, y no tardará en venir. Yo he avisado a la policía, de modo que mientras esté jugando, le detendrán...

—¡Pero es terrible! ¡No sabes a lo que te expones?

—¿Qué me importa todo? Yo quería librarte de un proceso y no encontré mejor medio que hacer detener al verdadero culpable.

Eddie le agradeció lo que había hecho por él, y esperó nervioso la llegada de Drapper.

No tardó éste en aparecer, acompañado de varios de sus fieles amigos.

Le causó profunda extrañeza el ver allí a Eddie.

—¡Nada temas!... Eddie no hablará... Está en libertad provisional—le dijo Ace.

—Yo hubiera hecho lo posible para que saliese de la cárcel. Mañana, antes de partir, habría consignado la fianza. No me interesa que nadie pague culpas ajenas; sólo quiero salvarme—agregó Drapper.

Se sentaron a la mesa y comenzaron a jugar, pero apenas había comenzado la primera partida, se presentó Skip Dukin, un sujeto que imponía terror donde se hallaba.

—¡Caramba! ¡Celebro encontraros a todos aquí!—dijo—. Voy a jugar con los hombres que habían sido compañeros de mi hermano.

Drapper y los suyos temblaron ante la presencia de Skip, y Drapper preguntó en voz baja

a Ace el motivo de la llegada de aquel hombre.

—Te aseguro que soy el primer sorprendido—le dijo en igual tono de voz.

Reanudaron el juego. La suerte favorecía a Drapper, que se hallaba nerviosísimo. Y de pronto, Skip se metió la mano en el bolsillo y volvió a sacarla con un revólver.

—¡Basta ya de farsas!—dijo—. Necesito saber si fuiste tú, Drapper, quien mató a mi hermano.

—Yo nada sé de la muerte de Jim—contestó, lívido.

—Pero estabas con él.

—¡Mentira!

—¿Crees que no lo sé? Vas a acabar aquí mismo tus días... Mi hermano me escribió el día antes de que le matasen, de que sospechaba que tú querías jugarle una mala partida... Y yo vengo a vengarle.

Pálido de terror, Drapper contempló aquella arma que ocultaba ahora bajo la mesa y que parecía pronta a disparar contra él.

Eddie temblaba. Ace se sentía nervioso ante la tardanza de la policía. Pero momentos después aparecieron varios agentes, dando a todos el grito de manos arriba y evitando un nuevo crimen.

Y se procedió a la detención de la partida entera.

Estrechado a preguntas, viéndose derrotado, Drapper acabó por confesar ante el juez que él había dado muerte a Jim Durkin. Los demás hombres, con excepción de Ace y de Eddie, fueron también procesados. Todos estaban reclamados por diferentes estafas y delitos. Los úni-

cos que tenían el pasado limpio eran Eddie y su amigo Ace, que nunca habíanse inclinado a los procedimientos ilegales.

Libres ya de aquella pesadilla, Eddie volvió a casa de Joan, prometiendo a esta muchacha no volver a jugar en su vida, y agradeciéndole su fianza. Estaba convencido de que el juego no daba la felicidad. Sólo en el trabajo propio, en la labor honrada, se asientan la verdadera dicha y la fortuna.

El señor Call, convencido por Joan, del arrepentimiento sincero de Eddie, le admitió otra vez en su despacho, pero ahora con un cargo importante. Y también Ace, que igualmente juraba dejar para siempre el vicio del juego, fué empleado en la Agencia de Cambio y Bolsa.

Y algún tiempo después, se celebraban dos matrimonios: el de Joan con Eddie, y el de la viuda con Ace...

Eddie había aprendido que el dinero del tapete verde es siempre mal adquirido y no da más que disgustos. Ace era de la misma opinión y, como su amigo, se disponía a ser una buena abeja laboriosa.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18551 - BARCELONA
